

Boet. Ignoro si verdaderamente la órden del Toison tiene el origen que don Carlos le señalaba, pero éste lo defendía alegando que la insignia tenía la misma forma de lo que pretendía designar. La noche del día que el Pretendiente recibió el Toison, vi salir á aquel de frac y corbata blanca, y habiéndole preguntado donde iba, me contestó que á casa de una tal señora Hannover que era la dueña de la primera casa pública de Viena.

El público se echa á reir violentamente.

Boet. Al día siguiente, el ayuda de cámara Lorenzo entró muy preocupado en mi cuarto, y me dijo que el señor se comprometía en extremo; que frecuentaba una casa de mala reputacion de una tal madama Hannover; que allí había conocido á una jóven húngara, de la cual estaba enamorado, que el día antes había ido á paseo y cenado con ellas y con otras jóvenes de vida airada, y que quería llevarse á la húngara á Paris y establecerla allí como su amante.

Todo esto produjo gran efecto. El público se echó á reir escandalizado, y los jurados escuchaban con la mayor atencion observando bien á Boet, que lo refirió con la mayor naturalidad. El Presidente sufría vivamente, y al fin interrumpió al Acusado, diciendo: «¿Por qué no ha dicho usted esto en los interrogatorios?»

Boet. Lo he dicho, señor Presidente, si no en los interrogatorios, en mis memorias anexas. En los interrogatorios debía reducirme á contestar á las preguntas que se me hacian.

Presidente. Prosiga usted y abrevie, que esto es muy largo.

Boet. Digo todo lo esencial. Yo no quería creer los desatinos que Lorenzo me acababa de contar; pero como le ví tan afligido, conocí que en lo que decía debía haber algo de verdad. Se lo pregunté luego al mismo don Carlos, y éste me sacó del error. En efecto, manifestóme que se había enamorado de la húngara, que la había hecho baronesa de Samoggy, y que la había señalado una renta de 24,000 francos anuales, y que pensaba llevársela consigo á Paris, é instalarla allí, aunque viviesen en la misma ciudad que su esposa é hijos.

Estas palabras causaron gran sensacion en el pú-

blico y en los jurados, y el presidente no pudo reprimir un movimiento cólera.

Boet. Yo le pregunté á don Carlos cómo se las compendría para cubrir todos estos gastos sin tocar su capital, y me contestó que perdiese cuidado, porque todo se pagaría con el *as de oros del tío*. Le hice varias observaciones sobre esto, demostrándole la imposibilidad, y á todas me contestaba que el *as de oros* lo cubriría todo. Es de advertir que á mí la cosa me interesaba de un modo muy particular, porque don Carlos me debía de honorarios más de 18,000 francos, y como yo no tengo fortuna, mi familia, no recibiendo de mí lo necesario para vivir, había debido contraer muchas deudas que la agobiaban. Cada día recibía cartas desconsoladoras de mi esposa, pintándome su triste situacion y las quejas que le daban sus acreedores, y yo no podía remediar nada por la mala voluntad, la penuria y los vicios de D. Carlos.

Una mañana observé que el ayuda de cámara de Pretendiente, el ya citado Lorenzo, llevaba puesta una sortija de diamantes, y sorprendido de una cosa que era muy rara, le pregunté por la procedencia. «Es de ella, me contestó con misterio.»—«¿De quién?»—«De la amante del señor, de la nueva baronesa de Samoggy.»—«¿Cómo! ¿Decididamente se queda de amante oficial?»—«Sí, mi general, y vamos á partir de Viena con ella para volver á Paris. Ella misma me regaló ayer esta sortija.» Asustado de esta locura, volví á hacer observaciones á don Carlos, pintándole la gravedad de dar este nuevo escándalo, y de contraer tal y tan costosa obligacion; y me contestó que ni el escándalo ni la obligacion le daban cuidado, porque del escándalo se reía y la obligacion la cumpliría. «¿Cómo, si V. M. no tiene bastantes rentas? exclamé.»—«¿Y el *as de oros del tío*? repuso él.»—«Pero ¿qué hará V. M. con el Toison, si no puede venderlo sin dar un gran disgusto á su familia é indignar al conde de Chambord?»—«¡Oh! me contestó; tengo un proyecto, y ya verás como salvo la dificultad, y hago dinero del *as*, sin escandalizar á nadie. Entonces te pagaré lo que te debo y hasta te daré dinero para los trabajos políticos.»

Como no le comprendía, le dejé estar. Antes de marcharnos de Viena algunos parientes aconsejaron á don Carlos que enviase el Toison á su esposa, en

lugar de llevárselo consigo, añadiendo que podía hacerlo facilmente por medio de la casa Rotschild de la misma ciudad. Pero como él no quería desprenderse de la joya para poder fingir el robo, se negó á hacerlo. Aquellos parientes le hicieron dichas instancias por temor de que, atendido su carácter, hiciese algun disparate con la joya. Sabian que era un hombre sin dignidad, y que más de una vez no había reparado en cometer bajezas vergonzosas. Por ejemplo: antes de la guerra poseía un reloj de oro de su abuelo Carlos V, que había heredado su familia como un recuerdo histórico, y que se guardaba y conservaba con sumo cuidado. Los carlistas tenian este reloj en suma veneracion. Un día don Carlos necesitaba dinero para una de sus calaveradas, y sin vacilar vendió el reloj por una miseria, lo cual indignó tanto á su familia, que hay muchos que creen que el duque de Módena no le dejó su fortuna por esta causa.

Despues de la guerra hizo un viaje á América, donde dió tambien tristes muestras de su cultura y moralidad, dando qué decir á toda la prensa norteamericana que trajo noticias muy tórbidas de algunas de sus aventuras. Entre otras cosas se supo que habiendo un día pasado la noche con una mujer de vida libertina, no sabiendo como pagarla, por andar escaso de fondos, se quitó del dedo el anillo nupcial donde estaba escrito su nombre, el de su esposa y la fecha del matrimonio, y lo entregó á aquella meretriz.

Estas palabras causaron grande impresion.

Boet. Esto, señores jurados, no lo digo yo por primera vez, ni ha sucedido despues del robo fingido, sino que lo dijeron los diarios norteamericanos y los de Madrid algunos años antes que ocurriera lo del Toison. A su debido tiempo mis abogados os presentarán la prueba. De Viena fuimos á Gratz, y venia con nosotros la nueva baronesa de Samoggy. En Gratz don Carlos se hizo retratar con el Toison puesto, y aunque se sospechaba en casa de su hermano, no escondía sus relaciones con la baronesa, á la cual visitaba sin rebozo. De Gratz nos marchamos á Venecia, hospedándonos en el hotel Dainieli todos juntos, inclusa la baronesa, que vivía y dormía en los mismos aposentos de don Carlos. Me había olvidado

consignar que esta baronesa era una pobre cantante de Pesh, una especie de corista, que desapareció ó huyó del teatro, á fin de reunirse con don Carlos y seguirlo á Paris para hacer mas carrera.

El Pretendiente vivió tan públicamente con ella en Venecia, que la llevaba á paseo por los canales y por la plaza de San Márcos, entrando ambos del brazo en los cafés mas concurridos y principales, y sentándose á tomar licores, á pesar de que don Carlos era allí muy conocido de las principales familias, por haber vivido de pequeño en dicha ciudad. Así fué que luego se le reconoció, y los periódicos se ocuparon de sus paseos con aquella jóven. Otra cosa análoga nos había ya pasado en Viena, donde no faltaron diarios que se ocuparon de la visita del mismo á cierto café, que no pueden frecuentar los hombres de honor. Yo le reprendí mucho sobre el escándalo que daba en Venecia, y le rogué que se reprimiese, porque podía llegar á noticia de su madre y de su esposa, y darles un gran disgusto. Pero me contestó que su madre ya no se cuidaba del mundo, y que de su esposa no se preocupaba nada por tenerla ya acostumbrada á estas cosas.

Gran sensacion.

XIII.

Despues de algun descanso, Boet volvió á tomar la palabra, y dijo:

Boet. Estando en Venecia, un día volví á hablar á don Carlos de la cuestion del dinero, y sobre todo de las necesidades de mi familia, y él me contestó, que todos nos acercábamos al término de nuestras penas pecuniarias, y que dentro de poco nos hallaríamos en estado de hacer mucho dinero. Entonces me indicó su pensamiento de fingir el robo, lo cual yo le quise quitar de la cabeza. Hé aquí las indicaciones que me dió. Se serviría de Lorenzo y de la baronesa y lo haría en Milan. Lorenzo fingiría no haber abierto la cartera desde Gratz; la baronesa marcharía antes que nosotros á Milan y se hospedaría en el mismo hotel que nosotros, y aparentaría no conocernos; entonces guardaría la joya en su poder, y Lorenzo fingiría descubrir que nos habian robado el Toison, sin precisar donde, con pretexto de que

no había abierto la cartera donde lo guardaba desde Gratz.

Don Carlos tenía gran confianza en su plan, á causa de los instrumentos de que pensaba servirse y de la idea que se formaba de los italianos. Diré algo sobre estas cosas, empezando por Lorenzo, que era su instrumento principal. Como sargento que fué de la partida del cura de Santa Cruz, podría hacer de él un retrato monstruoso. Pero faltaría á la verdad, porque Lorenzo es un pobre diablo, una víctima, un mártir de don Carlos, que lo trata de animal á todas horas, y lo pone en ridículo, haciéndole creer las cosas mas bufas, como que la Romanía era la América y Constantinopla el puerto de Veracruz.

El Pretendiente contaba tambien con la baronesa, porque habiéndola hecho pasar de un estado humilde á una posicion brillante, creía que por agradecimiento, y por temor de perder su estado y fortuna, se doblegaría fácilmente. Por fin, me añadía que en Italia nadie se admiraría de tal robo, por ser ya cosa pública que todos los italianos son ladrones, y que aquí hay compañías de estos malhechores capaces de robar al lucero del alba. Fué en vano que yo significara á don Carlos el desatino que quería cometer, y la gravedad que tendría si se descubria, porque me cerró la boca diciendo que le era indispensable vender el Toison, y que sin el robo fingido, no le sería posible hacerlo.

Antes de salir de Venecia, llamó un dia á Lorenzo Arbulu, su ayuda de cámara, y le dijo: «Animal, ven acá. ¿Qué haces?»—«Andaba por ahí, señor.»—«¿Y el Toison?»—«Está bien guardado señor.»—«¿Dónde lo tienes?»—«Señor, en la cartera de viaje, y cerrado en un mueble de mi cuarto.»—«Mal hecho, repuse yo, porque no me parece sitio conveniente, habiendo en las fondas llaves dobles de todos los muebles.»—«Calla, hombre, dijo don Carlos. Ya te explicaré por qué está allí. Anda, véte, animal, véte, añadió á Lorenzo.» En seguida añadió que se había depositado allí á fin de poder engañar mejor á la justicia cuando se declarase el robo.

El dia antes de partir de Venecia, don Carlos dió orden á la baronesa de adelantarse y tomar habitacion en el hotel de la Ville de Milan, sin declarar que formase parte de la comitiva, ni darse por conocida nuestra cuando llegásemos. La baronesa obedeció, y

se alojó en un cuarto del piso segundo del hotel ya citado. Nosotros llegamos el dia siguiente, y don Carlos tomó habitaciones en el principal.

Cuando lo tuvo todo preparado, una mañana se presentó en mi propio cuarto, y me dijo:

—Boet: ya está todo dispuesto, y hoy se da el golpe.

—¿Qué golpe?

—El del Toison, me contestó. ¿Ya te has olvidado de lo que hemos hablado estos dias?

—No, señor, repuse. Pero imaginaba que su maestad se convencería de que no podía llevarse adelante.

—Es que tú no lo entiendes. Se puede, y hoy lo haré. He convidado á Galvani á almorzar, y como es medio tonto, se tragará toda la comedia.

Hé aquí lo que don Carlos se había propuesto. Había persuadido á la corista que se encargara de Toison; había dado instrucciones á Lorenzo, y convidado á Galvani solo, porque este había sido empleado de su familia, y esperaba que doña Margarita y el conde de Chambord, que le conocian, creerian cuanto les refiriese sobre el robo. La corista se había resistido mucho á encargarse de la joya, y solo aceptó cuando don Carlos la amenazó con abandonarla en seguida. En cuanto al pobre Lorenzo, como es un ciego instrumento del príncipe, no hizo observaciones, y aunque con repugnancia, prometió cumplir. Terminado el almuerzo, don Carlos le había de mandar que trajese el Toison para enseñarlo á Galvani, y Lorenzo había de presentarse con el estuche vacío, diciendo que se lo habían robado, pues no parecía.

Yo había suplicado á don Carlos que renunciara á una cosa tan insensata; le había indicado todos los inconvenientes que podía tener; y nada alcancé. Volví aquel dia á hacerle mil reflexiones, y lo único que me contestó fué que respondía del éxito.

—Ante otro que Galvani, no me atrevería, decía; pero Galvani es un imbécil, y además está atontado.

—¿Pero no vé V. M., repuse, que al fingir este robo, comete un crimen, previsto castigado severamente por el Código penal?

—Los códigos penales no rezan conmigo, me contestó. Tú eres bueno para reprobar mis deudas y no

me das consejos para pagarlas; y cuando ves que he descubierto un medio sencillo y seguro de hacer cuartos, te me opones. Tambien el cojo de Frohsdorf (asi llama, señores jurados, don Carlos á su tio el conde de Chambord); tambien el Cojo se quejaba de mis prodigalidades, cuando hubiera sido mejor que me ayudara á sostenerlas, porque las prodigalidades me dan lustre. Además, yo no quiero verme en el caso del hermano de Margarita, que por sus calaveradas ha debido ser declarado en curatela. Yo haré dinero con el Toison, y de este modo no tendré que tocar mi capital.

Entonces le declaré que no contara conmigo para semejante cosa, y que tuviese bien presente que si la justicia me llamaba á declarar, yo rehusaría ir. El se encolerizó mucho y salió furioso de mi aposento; pero lo tuvo presente; y por esto cuando denunció el robo, tuvo cuidado de evitar que el juez ó la policía me llamasen, á fin de evitar un disgusto. Hé aquí la causa, señores jurados, de que yo no hubiese sido llamado á declarar, á pesar de ser la persona más indicada despues del príncipe.

Llegada la hora, empezó el almuerzo, asistiendo el conde de Galvani. Todos estábamos encogidos y preocupados, y había una frialdad y silencio de embarazo. Yo estaba de mal humor y don Carlos meditabundo. Galvani callaba por cortesía. Apenas se habló durante la comida, y lo que se dijo fué de poca importancia. Terminado el almuerzo, don Carlos me miró, y viendo que yo no me movia, me dijo sonriendo:

—¿Te vas? Yo pasaré la tarde con Galvani, enseñándole algunas cosas curiosas.

Comprendiendo que había llegado el momento de la comedia, me levanté y retiré. Por la noche averigué lo que había pasado, pues como me había puesto á trabajar en mi aposento, nada sabia. Pero á aquella hora Lorenzo vino á enterarme de lo ocurrido, y referiré le que me dijo. Lorenzo estaba trastornado y asustado, y me dijo:

—El señor ya ha hecho aquello, ha dado parte á la justicia y hay un escándalo atroz.

Entonces se lo hice contar. Al salir yo del comedor, don Carlos mandó á Lorenzo que le trajese unos uniformes suyos para enseñárselos á Galvani. Obe-

deció, y el Pretendiente entretuvo con esto á su convidado. Despues le preguntó si quería ver el Toison que había heredado del duque de Módena, y como accediese, lo mandó traer. Lorenzo, segun ya estaba convenido, tardó mucho en volver, y al fin se presentó con el estuche en la mano.

—¡Animal! exclamó don Carlos; ¿asi me sirves? Temia no volver á verte. Dame acá ese estuche.

—Señor, exclamó Lorenzo todo turbado, el Toison no parece, el estuche está vacío, nos han robado.

Don Carlos empezó entonces á quejarse, diciendo:

—¡Qué desgracia! ¡Qué pérdida! ¡Una alhaja que yo estimaba tanto!

Al dia siguiente hablándome él mismo de esto, se vanagloriaba de haberlo hecho muy bien; y como me repetía sus gestos y espresiones, y todo era exagerado y caricaturesco, yo le repliqué que esto probaba que lo había hecho muy mal, pues el dolor no se presenta de la manera el contaba.

—Fortuna, dije, que lo ha representado V. M. ante un hombre como Galvani, que no es tonto como V. M. dice, sino que cree demasiado en la buena fé de V. M.; pues otro testigo hubiera en seguida adivinado el enredo, y con esto podía fracasar todo su plan, y quedar V. M. expuesto á la causa criminal más ruidosa que se hubiese visto en el siglo.

—¡Oh! exclamó él. Jamás se atreverán los italianos á procesarme á mí.

Había escuchado el público toda esta relacion con una curiosidad febril. Pero los carlistas, los legitimistas y clericales la comentaban en voz baja echando pestes. «Embustero, comediante, canalla, calumniador, decian á Boet.» Sin embargo, había en la tribuna de la prensa un representante de los diarios legitimistas de Francia y redactor de *La Union* de Paris, que de vez en cuando se volvía á un compatriota suyo que estaba sentado á su lado, en representacion de varios diarios liberales, y le decía con tristeza y énfasis: «Yo no comprendo como don Carlos ha procesado á Boet.»

El señor Paribelli se daba tambien á todos los diablos, y al fin no pudo menos de exclamar:

—¿Es posible que don Carlos hiciese todo esto? Boet. Si lo que estoy contando, señores, parece

inverosímil, ello no depende de mí, sino del tipo de don Carlos que es muy estrafalario. Yo no me preocupé de ser verosímil ó inverosímil, sino de ser verdadero; y crean los señores jurados que si me hubiese propuesto contar una novela, tengo bastante ingenio para inventar sucesos que me justificasen, sin parecer extravagantes. Así, pues, entre faltar á la verdad y esponerme á que se diga *esto apenas se puede creer*, prefiero esto, puesto que esto es lo que pasó. Sí, señores jurados; la causa de que se está tratando es de tal naturaleza, que sería ridículo que yo me defendiera de las imputaciones de don Carlos...

—Que se tenga esto bien presente, interrumpe Brasca.

Boet. Yo no me defiendo, no; yo ataco; porque si don Carlos me ha acusado á mí de un absurdo que cae por sí mismo, yo le ataco á él por un hecho verdadero, que no podrá refutar. Sin embargo, en esta causa hay dos procesos: uno visible y otro tenebroso, uno que todo el mundo ve, y otro que yo conozco algo; y quizá durante el curso de la causa los interrogatorios produzcan algun accidente que me permita descender un tanto el velo que cubre ciertas cosas. Testigos que ayer decían sí, despues han dicho no. La corrupcion me ha combatido, y de ella está plagado el proceso que yo llamo tenebroso.

—No sé, exclama Brasca, como se permite decir esto al acusado. Aquí no hay más que un proceso.

—No veo, replica el Presidente, que se le pueda impedir legalmente que lo diga así.

Boet. Reanudo mi explicacion. A lo que parece, Galvani queria que don Carlos informase en seguida al dueño del hotel del robo que se acababa de descubrir; pero asustado el principe de las consecuencias que esto podía tener, se opuso, y despues comentándolo, me decía: «¿Que bestia es ese Galvani! ¿Pues no queria que avisase á los del hotel, como si esos no fuesen bastante listos para registrar en seguida las habitaciones, y coger el Toison en poder de la baronesa?» Hé aquí, pues, por qué no se hizo lo que en todos los casos semejantes, y por qué don Carlos en lugar de dar parte al hotel, prefirió darle directamente á la policia.

Contándome Lorenzo las declaraciones que en es-

ta ocasion hizo el Pretendiente, me decía que las habia dado tan mal, que hablaba con los ojos bajos, como si temiera que, en la cara se le conociese que estaba diciendo una mentira. Yo respecto de esto no hago más que relatar lo que me contaron, pues ya dije que no asistí á estas escenas. Confieso, señores jurados, una cosa, que á primera vista os maravillará. Tuve remordimientos de haber abandonado al principe en aquel lance, ya que habia sido inevitable. Me preguntareis por qué. Voy á explicarlo. Don Carlos es un tonto malicioso; yo estaba á su lado como una especie de tutor suyo, y no solo tenia el encargo de dirigir el partido, sino que el partido queria que yo contuviese á su jefe y le impiese hacer tras-tadas. Entonces ya que yo no podía evitar aquel desatino, me pareció que debía ordenarlo un poco, á fin de que no se descubriese, y el partido no pudiese acusarme de no haber encubierto á un hombre que era nuestro rey. Pero la aversion que me inspiraba aquel hecho, pudo más que todos los cálculos políticos.

Estaba yo hablando con Lorenzo del escándalo del día, cuando don Carlos regresó con unos señores que no sé quienes eran, y ordenó que se pusiera la mesa. Llamáronme á mí, y me presenté en el comedor; nos sentamos, y empezamos á comer con gran silencio. Ni don Carlos, ni yo decíamos una palabra. Esto consta ya. Pues yo haré una observacion. Si yo hubiese hecho el robo, estaba interesado en que no se sospechara de mí, en que don Carlos no se admirara de mi silencio, despues de un suceso tan grave, y á fin de que esto no le llamara la atencion, le hubiera dicho: «¿Pues qué ha pasado? ¿es cierto que ha ocurrido tal cosa?» Pero al contrario, como no tenia nada que disimularle, porque ambos estábamos en el secreto de la comedia, me callé.

Otra observacion. Si don Carlos hubiese sido verdaderamente robado, aunque hubiese cometido la extraña irregularidad de no avisarme en seguida, me hubiera hablado del robo en aquellos momentos, porque el corazon se le desbordaría y no podría contenerse más. Pues al contrario: tampoco me dijo una palabra. Fijaos en todas estas extrañezas. Yo esperaba con curiosidad que siquiera para salvar las apariencias delante de aquellos forasteros, diria alguna cosa del

robo, y fué inútil, porque no me habló, ni se atrevía á mirarme de frente.

Terminada la comida, se marchó con aquellos señores, y á altas horas de la noche regresó en un estado... El desdichado se habia embriagado, y hablaba balbuceando y andaba á tropezones.

Gran sensacion.

Boet. Don Carlos mandó entonces llamar á la baronesa y traer licores; bajó la baronesa, trajeron los camareros el licor, y el Pretendiente empezó á beber de un modo desenfrenado. Quizá en el hotel existen todavía los criados que intervinieron en esta escena. Averigüese, pregunteseles, y vereis como corroboran que estaba completamente borracho.

El público prorrumpen en grandes risotadas.

Boet. Yo bajé tambien, porque deseaba hablarle del Toison, saber al pormenor lo que sucedia, y darle algun consejo. Pero al verle en aquel estado, conocí que no se le podía hablar. Don Carlos no se daba cuenta de su situacion. Estaba ufano del ruido que el robo habia hecho, de los periodistas que habian ido á preguntar lo sucedido, y de la credulidad de la gente. «Mañana, exclamaba, todos los periódicos hablarán de mí, incluso *El Figaro* de Paris, lo cual me dá importancia.» No es posible pintar aquella escena. Don Carlos cuando está ébrio tiene un timbre de voz entre afeminado y lloron, que le dá un carácter grotesco. Además, como estaba allí la baronesa, se descomponia de tal modo con ella, que yo me marché para no ver el final que se preparaba.

Esperé hallarle mas sereno al día siguiente, y en efecto, le pude hablar, y lo hice seriamente. Yo servia de un modo leal á don Carlos, y como no podía menos de tomarlo por el jefe del partido, me interesaba para que se reportase. La escena que entre ambos ocurrió, más que de hombre á hombre, fué de padre á hijo. Yo le hablé con el cariño y la reflexion de un hombre afectuoso y de experiencia que desea salvar á un chico mal criado y atolondrado, por cuyo porvenir se interesa fuertemente.

Pero aquella escena tampoco se puede describir. No. Por grande que fuera mi talento, no podría daros por mí solo una idea exacta de lo conmovedora que fué y de la impresion que hizo á don Carlos. Yo,

señores, no conozco las leyes de vuestro país, ignoro lo que previenen para estos casos. Pero sé que fiado en vuestra justicia, vine espontáneamente á Italia, me sometí espontáneamente á un procedimiento, y aunque quedé en libertad de mis acciones, nunca usé de ella para marcharme, porque nunca me arrepentí de haber venido.

Pues bien. Lo que voy á contar es tan grave, que quisiera que don Carlos estuviera aquí para que los señores jurados vieran el efecto que le causaría; pues aunque sea un hombre sin moralidad, es imposible que no se turbase y conmoviese. Ruego, pues, á la Presidencia que lo introduzca.

El Presidente contesta con mucho desapego:

—El caso no está previsto por nuestras leyes; yo no sé donde está don Carlos, y por consiguiente no há lugar.

—Señores jurados, exclama Boet, durante toda la instruccion he pedido un careo con don Carlos; pues estaba seguro de confundirle, y á pesar de que por la índole de la causa me correspondía el careo, jamás se me concedió. Que me sea ahora dado tenerlo; venga, venga aquí este hombre, y delante de él os contaré lo que hizo.

El señor Brasca se sonrie, como un familiar del Santo Oficio al ver debatirse en vano á un condenado á la hoguera; y su colega Dugnani está impasible como si quisiera ocultar la vergüenza de defender por dinero á un hombre como el Pretendiente en una causa de tal naturaleza. El Presidente replica á Boet que se deje de estas tonterías; que si don Carlos comparece, ya le verá, y que procure abreviar, porque vá muy despacio.

—Hace muchas horas que habla usted, dice, y todavía estamos en Milan.

El abogado Ronchetti exclama con voz tonante:

—Mi cliente pide una cosa justa; mi cliente pide que el hombre que lo calumnia y lo infama, venga aquí á sostener su calumnia y á sufrir la contestacion que mi cliente le dará.

—¡Bravo, bravo! grita el público.

—No se acalore tanto su señoría, replica el Presidente. En estas sesiones no se debe hablar de este modo.

—No acepto la correccion de V. E., exclama Ron-

chetti. Yo no he hablado con pasión, sino con razón. El fiscal que evidentemente sufría al ver el giro que tomaban las declaraciones, tomó entonces la palabra.

—Don Carlos no está todavía en Milan, dijo; pero no es extraño, porque fué citado para el día 25. Esperemos á este día, porque hoy no existe razón para quejarse de su ausencia.

Estas explicaciones atenúan la aspereza del Presidente; se restablece la calma, y Boet vuelve á continuar.

Boet. Señores jurados: Si he hablado de aquel modo ha sido con la idea de que don Carlos había ya llegado, y podría ser introducido. Yo deseaba que al referir lo que pasó entre ambos al día siguiente de fingir el robo, los señores jurados pudiesen mirarnos á él y á mí, y ya que el Pretendiente dice que le calumnio, viesen con qué cara él lo oía, y con qué cara yo lo explicaba delante de él. Siento mucho que en una causa de esta naturaleza, los jurados no hayan podido hacer este paralelo. Continúo.

Yo reprendí á don Carlos, señores; yo le hice ver toda la iniquidad de su conducta, y lo que ella tenía de grave para su familia y partido. Le recordé á aquellos héroes que por él se habían batido y habían muerto en sangrientas batallas; le recordé á sus tiernos hijos, á su esposa, á sus tios los condes de Chambord, y francamente creí que le impresionaba, porque se conmovió. Entonces me dijo que lo hecho no tenía ya remedio; me prometió cambiar de vida, si salía bien de aquel trance, y me rogó que le ayudara con mis consejos.

Aquel mismo día volvimos á hablar del asunto, y me propuso que fuera á declarar á la policía. Yo me negué, firme en mi primer propósito de no tomar parte en aquel asunto. El trataba de persuadirme, diciéndome que en nada me comprometía, porque no solo había sabido engañar á Galvani, sino también á la justicia.

Respecto de este último punto no puede negarse que también tenía razón; pues si la policía hubiese sido más lista y despreocupada, si se hubiese acordado menos de que don Carlos era un príncipe, y hubiese procedido á un registro en el hotel, coje el Toison en la cómoda de la corista de Pesth. Yo no me explico, en verdad, cómo no se atinó en que si había ro-

bo debía ser doméstico. Ello no podía ser más evidente, porque todas las circunstancias lo demostraban. El Toison estaba dentro de un estuche, el estuche dentro de la cartera, la cartera en una cómoda y las llaves en el bolsillo de Lorenzo. ¿Qué persona extraña á nuestra comitiva podía haber hecho un robo tan difícil? Imposible parecía que no se atinase en una cosa tan natural, y que siendo ya públicas en el hotel las relaciones de don Carlos con la corista, no se procediese en seguida al registro del cuarto de esta.

A pesar de todo, yo me negué á presentarme á la policía y al juez, y volví á indicar á don Carlos que si me obligaba á ir, mis respuestas no le gustarian mucho. Así es que continuó teniendo buen cuidado de que nadie me llamase, por saber que era capaz de cumplirle lo prometido. En efecto, yo no hubiera revelado la verdad, pero con cualquier pretexto me hubiera excusado de responder.

Cuando la denuncia pasó al juez este tampoco fijó atención en la extrañeza de que yo no fuese á declarar. Era que el magistrado escuchaba demasiado á don Carlos, imaginando, que puesto que este era un príncipe, era incapaz de engañarle. ¡Si hubiéseis visto como se reía el Pretendiente de la credulidad del juez! Recuerdo que sobre todo hacía mucha chacota con un episodio de sus dos declaraciones. El juez le preguntó con misterio: «¿No sería posible que esto fuese un robo político?» Y la ingenuidad de la pregunta le causó á don Carlos tanta risa, que se apresuró á contestar con la mayor sorna: «¡Oh! muy político, porque al menos ha sido hecho con mucha política.»

La comedia comprometía un poco á Lorenzo, quien lleno de miedo del papel que hacía, estaba temblando de ser descubierto y encarcelado, y cuando declaraba perdía la chaveta y contestaba sin ton ni son. La fortuna fué que como el juez no entendía el español, don Carlos, que habla este idioma y el italiano, le hacía de traductor, pues el juez no tuvo por conveniente llamar á un traductor independiente. Entonces don Carlos arreglaba á su gusto la traducción de las palabras de Lorenzo, y cuando le comprometían las tergiversaba, convirtiéndolas en otras que correspondiesen á la comedia. El mismo pretendiente me explicaba esto, que en parte Lorenzo me confirmaba.

Don Carlos estaba tan furioso de las necedades de Lorenzo, que le denostaba continuamente. «Eres un bestia, un animalazo, un estúpido, un mentecato, le decía. Así que ves al juez, ya pierdes la cabeza. Afortunadamente, me dijo á mí, yo lo corrijo traduciendo todo lo contrario de lo que contesta, porque á cada paso me espone á una catástrofe.» Sin embargo, Lorenzo le replicó un día: «Pues tampoco las tiene V. M. todas consigo, porque en estando delante del juez, pierde el aplomo que ahora demuestra.»

¿Por qué el juez tomó por traductor de Lorenzo á don Carlos? El dato no puede ser falso, porque además de habérmelo dicho ambos, me parece que se puede comprobar preguntándolo al juez. Si este hubiese tenido la idea de cumplir con lo que prescribe la ley, y llamar á un traductor juramentado, es indudable que el pastel se hubiera descubierto. Sin embargo, debía hacerse tan y tan mal la comedia, que á pesar de tanta fúena fé, el juez tuvo alguna sospecha de Lorenzo, imaginando que este había robado el Toison; pero temeroso don Carlos de que lo prendiera, le hizo un elogio tan exagerado de su fidelidad, que el juez desistió. Este magistrado hizo en aquella ocasión un papel muy extraño, y no lo es por lo tanto que don Carlos me lo pintara, diciendo: «Si le vieras con su toga, su gravedad, su preocupación y su misteriosa actitud, te parecería un personaje de los bufos parisenses.»

Grandes risas en todas las tribunas.

Boet. Un incidente complicó la situación. La baronesa estaba espantada del bullicio que había hecho la farsa del Pretendiente, y como temía que se procediese á un registro, declaró á don Carlos que no quería guardar más la joya. Sus temores no podían ser más naturales, porque si la policía ó el juez llegaban á telegrafiar á Venecia preguntando algo sobre la estancia del Pretendiente en la ciudad, es probable que hubiese descubierto las relaciones de la baronesa; que hubiese buscado y hallado á ésta, y que apareciera el Toison. No me explico ni comprendo tampoco, cómo no se atinó en una cosa tan natural, ya que no al principio, al menos en los últimos días de nuestra permanencia en Milan. De este modo me evitara yo el disgusto de estar aquí.

Don Carlos quedó muy contrariado de la actitud

de la corista, pero como deseaba hacerla marchar de Milan, y no quería que se llevase el Toison, por miedo de que se levantara con él, ó retuviera, ó cambiara diamantes, al fin lo aprovechó para salir de este apuro. Pero, ¿á quién confiar el depósito? Solo Lorenzo y yo estábamos en el secreto; Lorenzo figuraba ya en la denuncia y yo no; era natural, pues, que pensase en mí. Se agregaba á esto que había perdido ya la confianza de los primeros días, y que hasta llegó á decir á un pariente de Galvani que le parecía que la policía le seguía. Hubo un momento en que su terror fué tan grande, que llegó á ser un verdadero *delirium tremens* del miedo.

Entonces me suplicó que me encargara de la alhaja. Yo me negué rotundamente, declarándole otra vez que persistía en no quererme mezclar en tal asunto. Pero él no me dejó un momento hasta vencer mi resistencia. ¡Cuánto me dijo para persuadirme! ¡Qué de cosas no hizo! Me rogó, me suplicó, lloró, invocó la memoria de mi padre, apeló á los compromisos del partido, al honor de su familia, al cariño de mis hijos... ¿Qué sé yo? Me abrazaba llorando, y exclamaba: «Solo tú puedes salvarme. No me abandones. Sálvame por Dios, Boet. Ya ves que no me queda más recurso que tú; porque si me niegas ese favor, tendré que ir al juzgado con el Toison en el bolsillo, y ya ves tú qué situación para mí, y qué peligro!»

Al fin me rendí. ¡Nunca lo hiciera! Con todo, me rendí condicionalmente, pues pedí á don Carlos que hiciera cesar los procedimientos y pesquisas de la justicia, á fin de que no se comprometiera á nadie, y quedara libre de sospechas una camarera del hotel, á quien él y Lorenzo habían medio enredado ante el juez, y que podía ser reducida á prisión de un momento á otro.

—Ante todo, me contestó don Carlos, pongámonos fuera del alcance de las autoridades de Milan; vámonos á Turin, y de allí á Francia corriendo. Si prenden á esa camarera, ya la dejarán en libertad pocos días después, viendo que no resulta nada contra ella.

Como yo insistiese poco después en que convenía poner á cubierto á la camarera, se le escaparon estas palabras: